

Alguien voló sobre el nido del cuco

Juanjo Martínez Jambrina

La controversia entre Ken Kesey y José María Gironella



Título: *Alguien voló sobre el nido del cuco*
Título original: *One Flew Over the Cuckoo's Nest*

Dirección: Miloš Forman

País: EE.UU

Año: 1975

Fecha de estreno: 19 de noviembre, 1975

Duración: 133 min

Género: Drama

Reparto: Jack Nicholson, Louise Fletcher, William Redfield

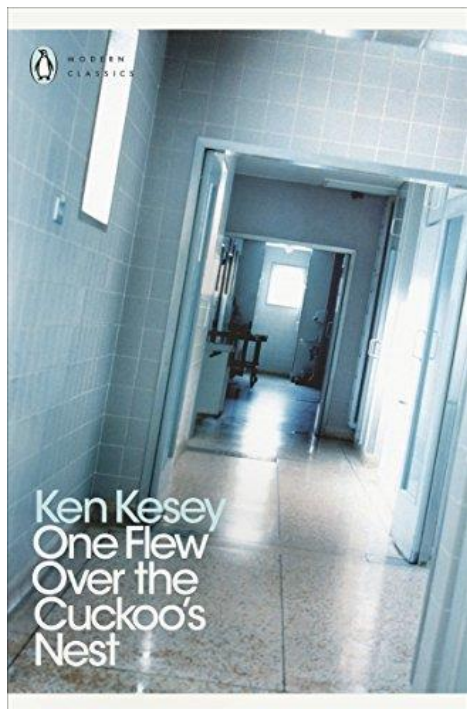
Distribuidora: United Artists

Productora: Fantasy Films

La psiquiatría vive tiempos convulsos. Tal vez nunca haya dejado de vivirlos, al menos desde que Philippe Pinel, en 1795, comenzó a desencadenar a aquellos pobres enajenados que se hacían en el hospital parisino de La Salpêtrière.

Son varios los conflictos con los que un especialista en psiquiatría debe convivir a diario. Todo ello porque la psiquiatría, y en general las ciencias de la conducta, han ganado un considerable poder social sin que las bases científicas, sobre todo neurobiológicas, sobre las que sostiene su praxis hayan experimentado grandes variaciones en el último siglo.

Ante esta endeblez teórica que la hace depender prácticamente del testimonio del enfermo y sus allegados, la psiquiatría se ha convertido en un espacio donde conviven cuerpos doctrinales variopintos y a menudo enfrentados en un ambiente cada vez más ideologizado y menos proclive al debate prudente o la saludable práctica de la deliberación.



El problema viene de largo. Pero se agudizó especialmente durante los años sesenta y setenta del siglo pasado, plasmándose en una corriente dentro de la propia psiquiatría con un corpus teórico que arrastró numerosos seguidores y que se denominó “antipsiquiatría”. Una buena parte de las críticas del movimiento antipsiquiátrico se centró en los instrumentos terapéuticos utilizados por aquellos años en los manicomios: los largos encierros, las camisas de fuerza, las sujeciones mecánicas. Pero sobre todo se denostó de forma furibunda el “electroshock”, más conocido actualmente como “terapia electroconvulsiva” (TEC), método descubierto por los italianos Cerletti y Bini en 1938 y que se sustenta sobre la base del antagonismo entre la epilepsia y la psicosis: es decir, la provocación de un ataque epiléptico en un sujeto psicótico parece ahuyentar el funcionamiento adiacrítico del paciente y le mejora.

El uso del electroshock ha servido para estigmatizar y vilipendiar a los defensores de su uso, a los profesionales que, conscientes de la bondad de sus efectos en muchos casos, no han dejado de aplicarlo. Cuando escribo estas líneas, acaba de aparecer el último Consenso Español de Terapia Electroconvulsiva (2018) con el aval de la Sociedad Española de Psiquiatría y, por poner un ejemplo de profesional no sospechoso de “biologicismo”, el conocido psiquiatra estadounidense, Allen Frances, director de los grupos de trabajo que elaboraron el DSM III y el DSM IV, acaba de repetir por enésima vez que el TEC es el tratamiento somático más efectivo de que goza la psiquiatría en estos momentos. Todo esto no evita que esta terapia siga estando en la diana de colectivos como la Iglesia de la Cienciología, determinados grupos de presión provenientes del naufragio de la antipsiquiatría y algunas asociaciones de usuarios dirigidas por profesionales con intereses espurios o por usuarios sin formación para asumir un rol directivo, como hacen los *peer specialists* que trabajan, previa formación, en los propios servicios de salud mental. Ah, ¡la Antipsiquiatría! ¡Qué tiempos aquellos! El añejo aroma de la ideología comprometiendo una disciplina científica, y en algunas ocasiones, todo hay que decirlo, limpiándola de soberbia y malas hierbas... Pero cuyos efluvios reaparecen alterando la práctica psiquiátrica sobre todo por la obstinación de los modelos biológicos al uso en arrogarse intervenciones curativas o teorías explicativas que, como las radicales majaderías, son flor de un día. Aunque tampoco los modelos psicológicos y sociales hayan logrado avances en sus resultados, suelen estar curiosamente a salvo del desprecio de los “anti”, hoy llamados “post”.

Si tuviésemos que elegir una especie de compendio abreviado de “antipsiquiatría” (o de postpsiquiatría) tal vez no tengamos que recurrir a un libro científico *sensu stricto*. Tal vez nos dé más pistas la lectura del libro de Ken Kesey *Alguien voló sobre el nido del cuco*, publicado por Viking Press en 1962 en el que se inspiró la película que dirigió Milos Forman en 1975 y que ganó nueve óscaros. Es difícil encontrar un libro y una película que hayan tenido tanta influencia en la práctica psiquiátrica.

Ken Kesey, el auténtico creador de esta historia, fue una personalidad tan convulsa y ambivalente como la época en la que le tocó vivir. Aborrecía las entrevistas, pero dejó tras de sí un inmenso reguero de conversaciones con los medios de comunicación que le requerían. Ciertamente su libro, *Alguien voló sobre el nido del cuco*, se hizo famoso por sí mismo (ha vendido unos 15 millones de ejemplares), pero lo disparó hacia la fama la versión cinematográfica dirigida por Milos Forman en 1975 y protagonizada estelarmente por Jack Nicholson. Es muy raro el debate sobre los límites entre la locura y la cordura que no se ilustre con alguna secuencia o algún fotograma de esta cinta.

Ken Kesey (1935-2001) fue un escritor representativo de la llamada “psicodelia”. Aunque fue más bien una figura transicional entre dos décadas: la de los años 50, los años de Eisenhower, de prosperidad y conformismo, solo contestado por la Generación *Beat*, los *beatniks*, liderados desde la costa oeste cercana a San Francisco por Jack Kerouac y Allen Ginsberg con su *On the road* y *Aullido*, respectivamente. Ken Kesey aparece como una figura de transición que recoge el legado *beatnik* y que inspirará el movimiento *hippie* en Estados Unidos en la década de los 60. Ken Kesey, un chico de Oregón, apasionado de la lucha libre y de la literatura, se fue a California a finales de los años 50 y se inscribió en un programa de creación literaria en Stanford donde empezó su carrera como escritor.

Los años 60 estuvieron marcados por una gran turbulencia: la lucha por los derechos civiles, la liberación de la mujer, el pacifismo ante la guerra de Vietnam y la revolución sexual, construyeron una gran ola que se llamó “contracultura” y que en España se extendió hasta finales de la década de los años setenta.

En este contexto, un libro como *Alguien voló sobre el nido del cuco* (1962) que dice reflejar la lucha de un individuo contra una sociedad que le exige respeto marcial con el orden establecido, fue rápidamente acogido como icono contracultural.

El primer contacto de Kesey con la psiquiatría se produjo cuando se incorporó como “cobaya”, como voluntario “a sueldo” en el psiquiátrico de Menlo Park, California, para un estudio dirigido por la CIA que buscaba conocer los efectos del LSD en seres humanos. Ahí le llevó un psicólogo amigo suyo llamado Vik Lovell, a quien dedicará el libro. Luego, se quedará trabajando como auxiliar en dicho hospital. Y a la vista de lo que allí sucede Kesey comienza a preguntarse por la inestable frontera entre la locura y la normalidad. El contacto con los enfermos mentales le hace cuestionar una sociedad que, a su entender, define la salud como conformidad con las normas sociales establecidas. Y se pregunta si ante una sociedad mecanizada y conformista no es más sano rechazarla y oponerse a ella. Y así comienza a escribir, en 1960 y muchas veces tras haber consumido peyote, *Alguien voló sobre el nido del cuco*, que fue un éxito nada más publicarse.

En los Estados Unidos, la Ley Nacional de Salud Mental de 1946 había promovido la creación de un gran número de hospitales psiquiátricos. Será en 1963 cuando, bajo el

mandato de John Fitzgerald Kennedy, comience el cierre de los hospitales psiquiátricos a favor del tratamiento comunitario de los enfermos en los centros de salud mental y las unidades de agudos de los hospitales generales. Será la administración Reagan la que cierre casi todos los grandes manicomios, aunque con tal falta de estructuras alternativas que provocará en gran parte la terrible situación que viven hoy muchos enfermos mentales graves en USA, con cerca de 200000 pacientes viviendo en las calles y otros tantos en las cárceles, casi siempre por delitos leves.

Los tratamientos para los enfermos mentales en los años 50 eran rudimentarios. El LSD se usaba en las depresiones severas con resultados erráticos. Los neurolépticos aún no tenían un uso generalizado. Daba igual. Kesey habla de todos los tratamientos que vio usar en Menlo Park como de formas que tiene la sociedad de controlar a los que “parecen diferentes”, lo cual no deja de ser un craso error. Pero dicha teoría encontró rápido acomodo en las corrientes antipsiquiátricas que surgían con fuerza tanto en USA como en Europa y que situaban el origen de la enfermedad mental en la sociedad, o más concretamente, en su célula fundamental, la familia.

Pero donde Kesey carga más las tintas es al describir el uso del electroshock: cuenta que en Menlo Park se usaba como forma de castigo hacia la “rebeldía”.

Así pues, en el imaginario que describe Kesey en 1962 en su libro, todos los tratamientos para las enfermedades mentales graves eran, en realidad, armas contra los propios pacientes.

Las cosas cambiaron en pocos años. Tras la ley Kennedy (*Mental Health Act*) de 1963 que abrió los centros de salud mental comunitarios, la aparición de nuevos psicofármacos y de nuevas intervenciones psicoterapéuticas, muchos enfermos recluidos en manicomios pudieron volver a sus casas con el objetivo de integrarse en la sociedad como cualquier ciudadano. En 20 años, la población institucionalizada en Estados Unidos disminuyó un 70 por ciento.

Alguien voló sobre el nido del cuco fue y sigue siendo la primera ventana a la enfermedad mental entre la población general. Se ha querido ver en este libro uno de los pilares que contribuyeron a mejorar las condiciones de los enfermos mentales en los hospitales psiquiátricos. Puede que haya algo de esto, pero es difícilmente demostrable. Pero es cierto que el debate que plantea sobre los límites entre la enfermedad y la normalidad en salud mental o sobre los factores sociales e interpersonales que influyen en la patología psiquiátrica, son cuestiones vigentes, aún por solucionar. Y lo terrible es que en esa falta de consistencia epistemológica encuentran acomodo, sobre briznas de realidad, peligrosas falacias.

El exitoso libro de Kesey es una mezcla de cultura popular con héroes del cómic. Es la lucha del Bien contra el Mal. Describe un hospital psiquiátrico controlado por Miss Ratched, la llamada *Big Nurse*, que se ve sacudido por la llegada del “antihéroe” Randle Patrick McMurphy. La historia la narra el Jefe Bromdem, un indio enfermo de esquizofrenia crónica y que para evitar la dureza del manicomio se hace pasar por sordo y mudo. Será la energía incontenible y la alegría cargada de risotadas que aporta McMurphy lo que permitirá a muchos enfermos, al Jefe Bromdem especialmente, salir de su aislamiento y rebelarse contra las fuerzas controladoras que dirige la Enfermera Ratched, y así recuperar su capacidad para disfrutar de las cosas bellas de la vida.

Así pues, en 1964, dos años después de publicar su novela sobre el tratamiento de los enfermos mentales, con 29 años de edad, Ken Kesey ya era el autor seminal de la “psicodelia”. Aunque llama la atención el ostracismo al que le sigue sometiendo la crítica canónica estadounidense. Pero ahí está su *Alguien voló sobre el nido del cuco...*, impertérrito ante el paso del tiempo porque es un buen libro. Pero muy superior sería el éxito de la película del mismo título dirigida por Milos Forman en 1975 y protagonizada por Jack Nicholson y Louise Fletcher.

La génesis de esta versión cinematográfica es una interesante muestra del formidable poder de la imagen frente a la palabra y de la irresponsabilidad que supone tratar temas desde la ficción sin documentarse. Ken Kesey había vendido los derechos del libro para su representación teatral a Kirk Douglas que la montó en Broadway con poco éxito. En 1974 Michael Douglas convenció a su padre que le cediese los derechos “porque la época pedía hacer una película con aquel libro”. Eran los tiempos de Nixon y el *Watergate*. A Kesey le ofrecieron formar parte del equipo de guionistas y una parte de los beneficios. Pero tras un tira y afloja poco claro, renunció a colaborar en el proyecto de Forman/Douglas y pasó a criticarlo con denuedo. Kesey murió sin querer ver la película de Forman.

El guion de la película tiene muy poco que ver con el espíritu noble, aunque desinformado, que inspira el libro de Kesey. Forman sacó petróleo de la actualidad del tema tratado: hizo una película tan sensacionalista como demagógica pero que respondía perfectamente a los intereses políticos y profesionales de quienes la financiaron. Las declaraciones de Michael Douglas sobre cómo se rodó y financió la película son a veces falaces o muy poco consistentes. Pero el mensaje vertido fue de una eficacia abrumadora: la terapia electroconvulsiva sigue sin librarse de la fatua interpretación que se le adjudica en la película. Incluso la mayoría de los especialistas en psiquiatría estadounidenses, entonces de formación básicamente psicoanalítica, se apuntaron a la ola. El aparato de TEC pasó ser como “el diablo apareciéndose de repente con un fuerte olor a azufre”. Y tras los Estados Unidos, la madre Europa inauguró el fenómeno *Me too* y se apuntó a la conga. Una vez más, los creyentes pudieron con los pensantes. Y acabaron perdiendo los pacientes y sus familiares a los que no se les escucha salvo cuando interesa políticamente lo que dicen.

Entre las diferencias que la película presenta respecto al trabajo de Kesey, tenemos que el narrador en la película es el psicópata McMurphy, convertido en héroe y “modelo a seguir” sin ambages. El papel del Jefe Bromden, piedra angular del proyecto de Kesey, pasa desapercibido. La aplicación de los tratamientos somáticos, que Kesey ya había relatado en toda su crudeza porque así era como se hacían en los años 50, se exhibe con un ensañamiento superior en la cinta, cuando ya algunas terapias de las descritas en Menlo habían desaparecido en 1975 (la lobotomía) y otras como el electroshock habían mejorado su método de administración (ya se hacía con anestesia).

La película fue rodada en un psiquiátrico de Oregón. El director del hospital, Dean Brooks, y varios enfermos participaron encantados en ella. Brooks avaló, desde su posición de asesor técnico, muchas “boutades” del guion. A fin de cuentas, ¿por qué iban a dejar que la realidad les impidiese tocar la fama? El papel del director Brooks en la asesoría y el rodaje es digno de un ensayo específico. Queda para otro momento.

Alguien voló sobre el nido del cuco supone uno de los mejores ejemplos de la ficción, de las novelas para difundir mentiras y falacias. Está por ver que ese mantra de que la ficción nos ayuda a conocer mejor la realidad sea cierto. Está claro que más que buscar la verdad, el ciudadano de a pie busca informaciones que le tranquilicen, que encajen con su esquema de vida. Por eso los humanos solemos reaccionar virulentamente frente a lo contraintuitivo, sin parar a pensar si es verdadero o falso. Las emociones nos han atrapado, que diría el tango.

En el año 1952, a la par que Ken Kesey escribía en Menlo Park sobre el “uso represivo” de la TEC en *Alguien voló sobre el nido...*, en Gerona, durante una misa del Gallo una Nochebuena, José María Gironella, un novelista español de 41 años de edad, que había ganado el Premio Nadal con *Un hombre* (1946) y que acababa de escribir su monumental *Los cipreses creen en Dios* (1953) sobre la guerra civil española, sufría una severa crisis nerviosa, una gravísima depresión endógena con síntomas psicóticos que le atrapó de repente sin que le diese tiempo a protegerse de nada. Aquella noche, tras meses de intensísimo trabajo, sintió un mazazo en la nuca y se derrumbó. Un hombre sin ningún antecedente de enfermedad mental y sin episodios similares previos. José María Gironella estuvo cuatro años sin poder escribir apenas a causa de una enfermedad mental, de una depresión con síntomas psicóticos de la que da cuenta pormenorizada en un formidable libro autobiográfico: *Los fantasmas de mi cerebro* (1958), publicado casi a la par que Ken Kesey y su “nido del cuco”. Mientras en Menlo Park, un auxiliar psiquiátrico construía una tremebunda ficción sobre el uso del electrochoque como elemento de control social, muy lejos de allí, un brillante y joven escritor, ajeno a las disputas “contraculturales,” escribía un libro para contar cómo gracias al uso de la terapia electroconvulsiva que se le aplicó en una clínica balear había sido capaz de volver a escribir de una forma tan prolífica como lo había hecho hasta aquella Nochebuena en que se desplomó y comenzó un largo y horrible paseo por los infiernos de la locura. La descripción que Gironella hace de sus vivencias es de una gran riqueza expresiva. Huye de tecnicismos y de buscar explicaciones a lo que le pasa. Pero su capacidad introspectiva aparece aumentada y capta, registra y da nota de las anómalas percepciones que parasitan su cuerpo, como un psiquiatra experto.

Pero dejemos a Kesey en San Francisco y a Gironella en su estudio parisino. Y veamos qué podemos extraer de este antagonismo: ¿TEC sí o TEC no? ¿Un instrumento deja de ser terapéutico cuando se usa de forma negligente para causar dolor con el que controlar a quien se nos opone? ¿El que la psiquiatría rusa de la era comunista diagnosticase de “esquizofrénicos” a los disidentes políticos, invalida la existencia de dicha enfermedad?

Los escritos de Ken Kesey y de José María Gironella, aunque añejos, sirven para poner de relieve tres problemas con importante correlato ético:

- a) ¿Es el TEC un instrumento terapéutico o una intervención dañina para los enfermos?
- b) ¿Es ético administrarlo? ¿Es ético no administrarlo si hay una indicación para ello?
- c) ¿La ficción narrativa puede amparar disparates que confundan al lector no informado o el escritor de ficción debe documentarse lo necesario como

para no sembrar dudas ni esparcir rumores sobre la parte de realidad que incluya en su obra?

Tal vez éste no sea el lugar para abrir un debate ¿TEC, sí o no? Pero ya se citó antes la documentada opinión de Allen Frances, psiquiatra ecléctico (esto es muy importante). Y en el documento sobre la TEC que acaba de sacar la Sociedad Española de Psiquiatría hay una exhaustiva recolección de ensayos clínicos que avalan el uso de la TEC en depresiones graves, sobre todo en personas de edad avanzada o embarazadas. También suele haber buena respuesta al tratamiento en esquizofrenias que cursen con un cierto componente afectivo. Y en algunos otros cuadros clínicos. Fuera de ahí, la TEC carece de eficacia. Y no hay que usarla. Esta parece ser la mejor enseñanza que nos deja la “antipsiquiatría”, usar ciertos medios cuando se sepa positivamente que están indicados para ello. Y nada más. No se nos olvide la cláusula viceversa. Tener a pacientes sufriendo durante meses sin usar la TEC por motivos que a uno se le antojan producto de ideologías arrumbadas, compromete la deontología de cualquier médico.

Desde el punto de vista ético, la Terapia Electroconvulsiva es una de las escasas terapias en Psiquiatría que requieren el Consentimiento Informado del paciente para ser administrada.

Y, por último, la ficción y la ciencia. Un matrimonio muy mal avenido. La ficción puede tomarse las licencias que quiera a la hora de construir una historia. Lo normal es que el novelista común no salga de casa para hacer una novela. Le vale con su imaginación. Pero al igual que las empresas han adquirido con la sociedad en la que conviven la llamada responsabilidad social corporativa, los novelistas, los autores de ficción, tienen un pacto con el lector. Al subrayar que lo suyo es una ficción, el lector suspende la incredulidad y asume lo que se le cuenta como imaginación del autor. El problema viene con la parte técnica. Ahí el autor está obligado a documentarse y a servir al lector “Lo-que-de-verdad-se-sabe” sobre un tema concreto. No es plausible, en mor del pacto que establece con el lector, que este acabe la lectura de una novela con la idea de que el electroshock es uno de los instrumentos más perversos jamás diseñados para hacer sufrir a pobres enfermos de la cabeza. El autor de ficción contrae una responsabilidad social con el lector, que, mientras le lee, le cree a ciegas en ciertos párrafos, porque supone que el autor está siendo fiel a las reglas de juego. Y esto no siempre. Puede que Ken Kesey tuviese razón en la dureza con la que se administraban ciertas terapias en Menlo. De hecho, algunas desaparecerían tras muy poco tiempo de uso. Pero hay que pensar en los Gironellas desactivados y roídos por un dolor psíquico intolerable, intenso. Y es que hay veces que el TEC es duro de administrar y deja alguna secuela durante meses. Pero les aseguro que nada de ello es comparable a la angustia psicótica de un depresivo severo.